

## Entre agujas e hilos: la paz

Cuando Raúl regresó a la vereda, quedó sorprendido. Durante su exilio siempre quiso volver, pero los malos recuerdos desde su infancia producto de la guerra, y sus repercusiones, se lo impedían. No fue hasta casi siete décadas después cuando, con la piel pegada a los huesos, el alma colgando al piso y su camisa deshilachada, decidió volver a su tierra, Ituango, un lindo municipio ubicado en el norte de Antioquia. El viejo hombre no podía creer la paz que ahí se sentía. El río tenía más vida que nunca y las personas intentaban atraparlo con sus manos, bañando sus caras de felicidad. La vegetación, las montañas, los caballos y un par de perros moviendo la cola, reflejaban el paisaje más tranquilo que Raúl había sentido en la vereda.

Todos los niños estaban junto a sus padres y en sus ojos no irradiaba más que el amor por su tierra y sus costumbres. Otros, caminaban armados de libros y equipos de estudio, dando pasos firmes y seguros hacia la escuela, mientras escuchaban el cantar de los pajaritos. También, había un centro de escuelas de arte que se llamaba “Entre agujas e hilos”. Ahí, los adolescentes y jóvenes se dedicaban a actividades artísticas como la música, la pintura, la literatura y la moda.

Cuando Raúl se acercó al centro, una joven le ofreció un tinto y le obsequió una ruana que tenía pintada la bandera de Colombia. Raúl, con una sonrisa en su rostro y una voz que arrastraba el cansancio de los años, le agradeció a la chica. “Parece que la ruana está hecha de la *verdad*, porque la verdad, aunque al principio duele, con el tiempo ayuda a coser los corazones rotos para que puedan sentirse en paz”, pensó Raúl, mientras se colocaba la ruana. El hombre tomó su tinto y, sentado en una silla de piedra, comenzó a admirar el paisaje.

En lo alto de la montaña, un miembro de las antiguas FARC-EP enterraba un palo con un letrero que decía: “¡Sí vivirás!”. Raúl, con la cara llena de esperanza y la mano en el pecho como quien entona un himno, emprendió su ruta hacia el exilio sin fin, su último viaje en paz.

El dolor, la ira y la culpa ya eran historia. Ahora los niños, niñas, adolescentes y jóvenes podían tejer sus sueños y estos servían de abrigo e inspiración para otros. Entre agujas e hilos, era la primera generación libre de guerra.